

rojecido precipitándose del firmamento en los límites de la tierra. El cuerpo cosido de flechas se desplomó inundado de sangre, como el pico de un peñasco desprendido por un rayo se precipita en el valle; y á la vista de toda la hueste estupefacta levantóse del cadáver una claridad que llegó hasta el astró del día, que iba á su ocaso. Surya, el dios Sol, se había llevado á su hijo.

El vencedor y su auriga divino tocaron alegres sus cuernos marinos, y sus guerreros, los somakas, contestaron con un alarido inmenso de alegría, tocando tímboles, haciendo flotar al aire sus pañuelos y vestimentas, abrazándose, saltando, bailando, repitiéndose lo que acababan de ver, glorificando á Arxuna y Crishna y felicitándose mutuamente. Tan grande como su alegría fueron el terror, el abatimiento y la angustia de los enemigos, hasta que sobrecogidos del pánico echaron súbitamente á correr, no siendo el último en ponerse fuera del alcance de los vencedores el auriga del difunto héroe, Salya, el rey de los madras. Salya abandonó su carro y su armadura destrozada para correr mejor en busca de Duryodana, á quien encontró consternado y confuso rodeado de su acompañamiento, en cuyas caras se leía una angustia indescriptible. Las lágrimas embargaron la voz de Salya cuando quiso hablar á su rey. Mientras el aire resonaba con los gritos formidables de alegría de Bhima y de toda la hueste enemiga, contó Salya que jamás se había visto lucha igual, pero que el hado había estado en favor de los Pandu, pues Karna valía tanto él solo como Arxuna, Crishna y todos los mejores adalides enemigos juntos, y que su muerte había decidido la suerte de la guerra. El destino estaba contra Duryodana y sus fieles, á los cuales solo aguardaban desastres y la muerte; pero, añadió, la fortuna es variable, y por esto ni Duryodana ni los demás deben desesperar.

Mientras así se explicaba Salya y los que le oían suspiraban, vieron que al grito: «¡Karna ha muerto!» huían en confuso tropel, cayendo y levantándose, guerreros á pié, en carros, á caballo y montados en elefantes. Acá y allá caían para no levantarse mas los que eran alcanzados por las flechas que los enemigos seguían disparando contra las masas fugitivas. Duryodana al ver en este estado su ejército, á manera de una nave mercante juguete de las olas encrespadas por la tempestad en medio del mar infinito, dijo á su auriga que le condujera contra el enemigo vencedor, porque quería vengar á Karna. Este acto heroico hizo detener á miles de fugitivos que acudieron con su rey á renovar la lucha; pero su valor y su desprecio de la muerte fueron inútiles; Bhima, con su clava, y Drishtadyumna parecían divinidades de la muerte: tanto destrozó hicieron, y lo mismo podía decirse de Arxuna, que acompañado de sus hermanos gemelos, Satyaki y otros, atacaba á Sakuni y á los que combatían en carro. Pronto quedó el suelo sembrado de nuevos muertos y heridos, y cuando se vieron las fuerzas Kurus atacadas por la espalda por Satyaki, Chekitana, Sikhandin y los hijos de Draupadi, mientras los hermanos mellizos perseguían al rey de los gandharas y á su gente, diéronse todos á la fuga. El ejército Kuru quedó completamente derrotado. Otra vez precipitóse Duryodana entre los fugitivos y sus perseguidores y retó orgulloso á los jefes de estos á combate singular. Una gran multitud de guerreros enemigos, armado cada uno á su manera, corrió hácia él con mucha algazara y befa; pero solo como una roca los aguardó y tendió centenares y aun millares en tierra con sus mortíferas flechas, gritando á los suyos que pasaban huyendo: «¿Adónde huís tan espantados? Crishna y Arxuna están heridos y las fuerzas del enemigo son insignificantes. Hoy los quiero derrotar á todos; no hay que dudar; nosotros seremos los vencedores, y siempre es mejor morir en el campo de batalla haciendo frente al enemigo que

ser muerto por la espalda; dulce es la muerte del que combate fiel á las leyes guerreras, y para el que ha muerto ya no hay penas. Oid todos: ¿quereis haceros indignos de vuestros mayores (1)? ¿Hay cosa peor para los guerreros que la huida? El valor y la firmeza ¿no conducen al cielo y á la inefable beatitud eterna?» Nadie le escuchó; los guerreros, dominados por el pánico y además heridos, continuaron huyendo en todas direcciones.

Al ver esto el rey de los madras, dirigiéndose á Duryodana y enseñándole el vasto campo de batalla, cubierto de cadáveres mutilados, entre ellos los de muchos héroes, de heridos y moribundos, cuyos ayes llenaban el aire, de animales muertos, de carros destrozados y en medio innumerales armas, alhajas preciosas, diademas, sargas de perlas, ajorcas y aros en charcos de sangre, le dijo: «¿A qué estar mas tiempo aquí? Deja que las huestes se retiren á sus tiendas; el sol va á su ocaso y solo tú te empeñas en permanecer aquí.» El rey, dominado por el dolor, solo contestó sollozando: «¡Karna, Karna!» Sus mejores adalides, á su cabeza Asvatarman, pasaron y trataron de animar á Duryodana; y todos, mirando ora los horribles destrozos, ora á lo lejos la resplandeciente bandera de Arxuna, ora el sol que se ponía, se retiraron á sus tiendas con profunda tristeza en el semblante. El enemigo desistió de la persecucion al extender la noche su manto y se retiró también á su campamento, que resonó con gritos de júbilo. El cadáver de Karna, cosido de flechas y cubierto de sangre, quedó entre los demás en el campo de batalla, pero el sol, el dios Surya, su padre, antes de abandonar el horizonte hablale alumbrado con su roja luz, haciéndole como una apoteosis.

Ninguno de la hueste de Duryodana tenía deseos de continuar la lucha y casi todos querían regresar aquella misma noche á sus hogares, los unos para no exponer su vida por mas tiempo, los otros para volver á reunirse con su familia y otros para cuidar de sus intereses. Mucho trabajo costó á Duryodana detenerles, pero al fin obedecieron y se instalaron temerosos y confusos en el campamento.

Supo Arxuna por Crishna, despues de recibir ambos las calurosas felicitaciones de todos sus amigos, que Yudishtira había acudido al sitio del combate pero que, á causa de sus heridas, había tenido que volver á su tienda, y entonces resolvieron los dos ir á verle y contarle su gran victoria. Rogaron á los que habían ido á recibirles, Bhima, los mellizos, los hijos de Draupadi, Drishtadyumna y Yuyudana, que aguardaran en la tienda hasta su regreso, y se dirigieron en su carro velozmente á la del rey, cuyos piés abrazaron respetuosamente, mientras los alegres semblantes y la buena noticia que llevaban hicieron verter lágrimas de gozo á Yudishtira. «¡Salud y victoria! ¡el enemigo ya no existe!» exclamó Crishna cuando estuvieron delante del rey; «la tierra se está bebiendo la sangre del que hizo ludibrio de Draupadi. Su cuerpo atravesado de flechas yace inerte en el campo de batalla. Ahora reinará en el país; ven, mira y sé dichoso.» El rey no escaseó sus aplausos y poniendo la mano sobre el hombro de Crishna, no se cansaba de darle las gracias por su auxilio valioso. Sin necesidad de ayuda subió solo en su magnífico carro triunfal y juntos llegaron los tres al poco rato al campo de batalla. Cuando á la luz de antorchas de madera odorífera vió el cadáver de Karna y no lejos de él, el de su hijo, repitió con efusión sus felicitaciones á Arxuna y Crishna y dijo que entonces sabía que era rey de veras y que despues de trece años de angustias y penalidades podía gozar por primera vez de verdadero descanso. Desde allí acompañó á los dos á la tienda donde les aguardaban los otros, y

(1) Se dirige á los guerreros como casta especial y noble.

donde se repitieron las felicitaciones, y despues se retiraron todos alegres y animosos á descansar.

Cuando el anciano y ciego rey Dritarashtra supo la derrota desastrosa de sus hijos y demás desgracias de la funesta jornada, se desplomó sin sentido, como un árbol derribado por el hacha del leñador, y Gandhari, su esposa, prorumpió en lamentos; Vidura y Sanyaya se esforzaron por consolarla; el rey, vuelto en sí, dijo que el destino debía cumplirse, y conformado, meditabundo y mudo soportó su dolor como pudo.

Aquella misma tarde, ya de noche, Kripa, el hijo del brahman Gautama y cuñado del difunto Drona, visitó á Duryodana y le dijo: «Presta oído, Duryodana, á lo que voy á decirte, despues medítalo bien y haz lo que te pareciere mas conveniente.» En seguida le ponderó las grandes pérdidas que habían sufrido, el aumento de bríos y empuje del enemigo, la desanimacion de la propia hueste, y añadió: «Hoy es el decimoséptimo día de esta horrible lucha; nuestros mejores jefes, Bhisma, Drona y Karna, ya no existen; muertos son tambien Yayadrata, Dusasana, tus demás hermanos, parientes y allegados; nuestras huestes están quebrantadas y entre los hombres que quedan no hay ni uno que tenga valor para hacer frente á los guerreros enemigos. Ante el silbido de los proyectiles de Arxuna, ante la terrible clava de Bhima y el ataque de Drishtadyumna huyen todos espantados, como los animales de la selva cuando está ardiendo; nuestro ejército se parece á un buque que hace agua en medio de la mar enfurecida;» y concluyó su discurso instando al rey á que hiciese la paz y añadiendo: «Aun es tiempo, aun hay esperanza de que Yudishtira te conceda una parte de los dominios y de que Crishna sirva de mediador; y si no aceptas mi consejo inspirado, no por las desgracias pasadas, ni por el temor de perder la vida, sino por tu bien, te acordarás de él cuando sea tarde, en la hora de tu muerte.»

Duryodana quedó largo rato sin contestar al brahman, y finalmente le dijo que estaba convencido de su amistad y fidelidad inquebrantables, pero que le era imposible seguir su consejo, porque Yudishtira, acordándose de aquel juego á los dados, jamás se fiaría ya de él; ni Crishna tampoco desde el atentado contra él cuando estuvo de embajador en Hastinapur; Crishna no perdonaría jamás los ultrajes hechos á Draupadi; ni como amigo íntimo y cuñado de Arxuna, la muerte violenta de su sobrino Abhimanyu, muerte que el padre de éste jamás olvidaría. Si de estos nada bueno podía esperarse, ¿cómo esperar lo del brutal y feroz Bhima, que no descansaría hasta haber cumplido todos sus juramentos? Tampoco estaría satisfecha Draupadi hasta haber obtenido reparacion completa de las injurias sufridas, y finalmente los otros dos hermanos, los mellizos y todos los demás jefes y príncipes amigos de los Pandu, eran sus enemigos mortales. Aparte de esto, le sería imposible, habiendo disfrutado el poder y los honores mas elevados, y de todos los goces, presentarse ante los hijos de Pandu como suplicante humilde, y recibir de su enemigo como una gracia una parte de los territorios de los cuales hasta entonces había sido rey único; ni era tampoco la situacion tan desesperada que hubiera que darlo todo por perdido y renunciar á la lucha, solo que los hombres de casta guerrera habían olvidado hacerse dignos de sus mayores; que los honores y la fortuna son efímeros y que solo en los combates se encuentra fama impercedera. Otros pueden morir en su lecho cargados de años y rodeados de amigos; pero la sola muerte digna del hombre noble es la que encuentra en el campo de batalla y la que corona la vida del anacoreta en la selva solitaria. Dijo, además, que él quería vengar á los nobles príncipes y campeones que por él habían muerto, cuyos restos mortales yacían esparcidos

por el vasto campo de batalla, y cuyos espíritus gozaban ya las delicias celestes en compañía de sus antepasados. ¿A qué conservar una vida de deshonra y un imperio sin allegados ni amigos? Mas vale, concluyó, ganar el cielo combatiendo.

Todos los príncipes y guerreros que estaban con él aplaudieron este discurso, y animosos, como si nada hubiesen perdido, marcharon acto continuo al río Sarasvati, distante unas dos yoyanas del campamento hácia el Norte. Allí buscaron un punto despejado de la orilla, bebieron del agua del río sagrado, se lavaron en la corriente, y animándose el uno al otro regresaron al campamento, donde celebraron consejo y eligieron por jefe de guerra con la aprobacion de Duryodana á Salya, rey de los madra, recomendado ya por Karna antes de aceptar la jefatura. Esta vez aceptó Salya y dijo: «Hoy venceré al enemigo ó pereceré y ganaré el cielo; todos ellos, los Pandu, Crishna, Satyaki, los pancalas y cuantos haya en el campo verán mi valor y sentirán la fuerza de mi arco; por tí, Duryodana, excederé á Bhisma, Drona y Karna.»

Los jefes y toda la hueste aclamaron con entusiasmo á Salya por caudillo superior; y cuando se retiraron á descansar el poco tiempo que quedaba de la noche, le hicieron con la conviccion de salir victoriosos en el combate inmediato.

Supo Yudishtira lo ocurrido en el campo enemigo y consultó á Crishna, el cual le dijo que el nuevo caudillo en jefe de las fuerzas enemigas era, efectivamente, la persona mas idónea para este puesto, tanto por su pericia como por su destreza en el manejo de las armas. Aconsejó á Yudishtira que le atacase él mismo en persona tan pronto como pudiera por la mañana tenerle á su alcance y le matara sin contemplaciones cuanto antes, porque muerto él quedaba aniquilado el poder de los Kuru. Dicho esto retiróse Crishna á su tienda, despues de haber recibido de los Pandu solícitas muestras del mas profundo respeto, y los demás se retiraron tambien á descansar.

Al nacer el día, Duryodana puso sus fuerzas sobre las armas, y á cada jefe en su puesto. Prohibióse como crimen digno de la pena de muerte entrar en combates singulares, y por consecuencia, dejar sin auxilio á ningún combatiente de los suyos; cada individuo en favor de todos y todos en favor de cada uno debían luchar sin temor de la muerte. Confiados en su fuerza y mútuo apoyo, no dudaban de su victoria; y así el ejército de Duryodana, precedido por el rey de los madras en su magnífico carro de guerra, rodeado de sus adalides madras y de los hijos de Karna, avanzó contra el enemigo. Formaban el ala izquierda los guerreros trigartas acaudillados por Kritavarman y la derecha los sakas y yavanas, mandados por Gautama. Detrás de esta línea iba Duryodana con sus guerreros kurus, y detrás de ellos Sakuni con sus jinetes, y Uluka con sus fuerzas. Formaban además la línea de reserva los contingentes cambodchas, á cuya cabeza estaba Asvatarman.

El caudillo en jefe de las fuerzas de los Pandu era Drishtadyumna; á su lado iban Sikhandin y Satyaki con sus huestes, y les seguía con numerosa escolta Yudishtira. El ala derecha, que había de luchar con Kritavarman y los trigartas, estaba mandada por Arxuna y la izquierda por Bhima. Los dos hermanos mellizos iban detrás, destinados contra Sakuni y Uluka. La hueste Kuru, si bien inferior en número á la otra, contaba todavía sus guerreros por miles y en proporcion tambien sus carros, caballos y elefantes, é igualaba á la de los Pandu en brío y confianza de vencer.

El choque fué terrible, y el suelo quedó pronto cubierto de muertos y heridos; pero la hueste de Duryodana cedió pronto, y empezaba á desbandarse cuando el rey de los madras hizo avanzar su carro contra Yudishtira. Entonces se rehicieron los fugitivos y siguieron á su caudillo para no aban-

donarle. Este segundo ataque fué mas violento y mortífero que el primero; Nakula y Chitrasena, hijo de Karna, se embistieron con furor inaudito, y el segundo cayó muerto. En el mismo instante ocuparon el puesto de su hermano Sushe-na y Satyasena, pero aunque eran muy grandes su valor y arrojo, también sucumbieron.

Entretanto se había entablado el combate directo entre Salya y Yudishtira y sus escoltas. El rey de los madras hizo llover sus flechas como espeso granizo sobre Yudishtira y sobre los que le defendían y acudían á su socorro. Un proyectil dió tan fuerte contra su pecho que le hizo caer; y entonces, para defenderle, Bhima, los hijos de Draupadi, Drishtadyumna y Sikhandin, con sus guerreros somakas, se arrojaron sobre el enemigo con ímpetu formidable. Allí lucharon cuerpo á cuerpo Asvatarman con los mellizos Nakula y Sahadeva; Sakuni y despues también Gautama con Drishtadyumna y los hijos de su hermana; Duryodana con Arxuna y Crishna; Salya con Yudishtira. Bhima tuvo que acudir al auxilio de este último, y despues de matar con su clava los caballos del carro de Kritavarman, mató á los de Salya y á su auriga. Entonces se alejó Salya corriendo para volver al poco rato con una maza de bronce, con la cual se precipitó sobre Bhima y entre los dos se entabló una lucha horrible de maza, hasta que los dos adalides formidables tuvieron que suspenderla por cansancio. Kripa se llevó de allí á Salya para que se rehiciese fuera de la pelea, y entretanto continuó la batalla. Duryodana dejó de una lanzada tendido muerto á Chekitana y despues atacó á Drishtadyumna. Salya, secundado por Kripa, Kritavarman y Sakuni, puso en duro aprieto al rey Yudishtira, á cuyo auxilio acudieron Satyaki, Bhima y los dos mellizos, que con sus proyectiles cortantes mataron los caballos de Salya y le destrozaron sus collares, aros y otros adornos, pero sin poder acercársele ni menos rendirle.

Formidable fué la lucha entre Arxuna y Asvatarman. Al principio dolía al primero matar al segundo por ser hijo del que había sido su maestro, pero rechazó con grandes pérdidas las tropas de su contrario, los trigartas, y en cambio perdió al jefe de las suyas, Suyata, príncipe pancala.

Mientras así en todas partes ardía la lucha, merecía Salya, el rey de los madras, la admiración de amigos y enemigos por su valor inquebrantable y su destreza maravillosa. Filas enteras de guerreros de las fuerzas que defendían á Yudishtira, cayeron atravesados por sus proyectiles, hasta que en vista de tan enorme destrozo Yudishtira juró que había de matar á Salya ó éste á él. Dispuso que le precediera Bhima, que sus hermanos mellizos marchasen á los lados de su carro, y además á la derecha Satyaki y á la izquierda Drishtadyumna con sus guerreros, y que Arxuna le cubriese las espaldas. Empezó la lucha decisiva, á muerte. Las flechas y otros proyectiles afilados se cruzaron; ambos tuvieron que cambiar sus arcos destrozados, hasta que las flechas de Yudishtira dejaron á su contrario sin caballos y sin auriga. Salvóle Asvatarman que acudió, le tomó en su carro y le sacó á todo correr fuera de la pelea, dejando burlado á Yudishtira, á cuya exclamación de sorpresa contestaron los enemigos con una risotada estrepitosa. Salya no tardó en volver á su puesto armado de un arco nuevo y mas recio, con el cual cubrió de flechas á su contrario y á los que estaban con él. Yudishtira recibió otro proyectil pesado en el pecho, y Kripa le mató los caballos y á su auriga; pero lo mismo hicieron las flechas de Bhima con los de Salya; éste con la cota destrozada por los proyectiles de sus contrarios saltó de su carro y les embistió espada en mano. Yudishtira se le puso delante llevando una pica de oro en la mano derecha, y midiendo á su adversario con la vista, acordóse de lo que le había dicho

Crishna y gritó encendido de coraje á Salya: «¡Ahora morirás!» Entonces levantó la mortífera arma forjada por Tvash-tar, el obrero divino, para el aniquilamiento de los enemigos de los dioses, arma de muerte, funesta como la tenebrosa noche y como el fúnebre cetro de Yama. La lanza hendió el aire, Salya dió un grito, y con el pecho atravesado de parte á parte cayó como un peñasco que se derrumba. La lanza se hundió en la tierra y no se la volvió á ver. Como el águila sobre su presa, se precipitó Yudishtira sobre los compañeros del difunto; todos huyeron aturridos y un hermano menor de Salya, valiente como él ó poco menos, hizo frente al rey para vengar al muerto, pero pagó su arrojo con la vida, pues de un golpe le dejó el rey sin cabeza. Satyaki se encontró con Kritavarman; lucharon como leones y el último, desarmado, porque el otro le mató los caballos de su carro y los de repuesto enganchados á cada lado, fué salvado por Kripa que se lo llevó. Al grito de júbilo de los Pandu contestó otro de terror de los enemigos, y todos los esfuerzos de Duryodana para detener á los fugitivos fueron vanos. De nada sirvió que Kritavarman volviera á la pelea atacando á Yudishtira, porque también quedó fuera de combate y fué sacado del campo por Asvatarman. Las flechas disparadas por Gautama y su hijo Kripa no pudieron cambiar la suerte de la jornada, y otro ataque que dirigió Duryodana con los guerreros que logró reunir, nada consiguió contra Bhima, Arxuna y los demás hermanos y aliados. Los Kuru cedieron; Duryodana, que quiso detenerlos, fué desobedecido abiertamente y solo la llegada de Sakuni pudo reanimarlos para dar otra carga al enemigo. Habiendo sido rechazados otra vez, Duryodana, al ver su hueste y la del rey de los madras huyendo en completa disolución, no quiso renunciar á toda resistencia y dió orden á su auriga que le llevara por un rodeo á espaldas del enemigo. Este acto de arrojo entusiasmó á algunos miles de sus guerreros. Por efecto de este movimiento sorprendieron y cercaron á Bhima; pero éste saltó de su carro y atacó á pié con su clava al enemigo, mientras acudían á su auxilio las fuerzas de Yudishtira. Al llegar estas fuerzas se esparció tal pánico entre las tropas del indomable Duryodana, que huyeron á la desbandada. No fué todavía completa la victoria de los Pandu, porque Salva, rey de los meleyas, llegó montado en un gigantesco elefante y se lanzó con su tropa sobre el ejército de los Pandu. Drishtadyumna, con el auxilio de Bhima y de Sikhandin y despues de una lucha formidable, consiguió matar al elefante y cortar la cabeza al jefe que lo montaba, cuya hueste se desbandó.

Solo Duryodana no quiso huir, y con él se quedaron los caudillos principales, entablándose una serie de combates entre ellos y los del ejército contrario, lo cual hizo volver atrás á casi todos los fugitivos, de suerte que al poco tiempo las dos huestes volvieron á encontrarse luchando desesperadamente en batalla campal mas sangrienta y mortífera que antes. Sakuni, el rey de los gandharas, avanzó con la mitad de la línea de reserva, guerreros montados armados de lanzas, mientras la otra mitad, caballería en su mayor parte también, que había dado un rodeo, se echó sobre la retaguardia del ejército enemigo. El ataque fué espantoso y las masas de los Pandu empezaron á vacilar como sorprendidas por un huracán, pero llegó á su auxilio oportunamente Sahadeva (uno de los hermanos gemelos) con sus elefantes, su caballería é infantería. El choque fué formidable, y como ninguno de los combatientes quiso huir mientras tenía fuerzas para manejar las armas, la batalla degeneró en una matanza salvaje. Las emanaciones de la sangre que llenaban la atmósfera daban vahídos á los guerreros mas fuertes, y entre los muertos se vió uno sin cabeza que tenía cogida con una mano la cabellera de un enemigo y en la otra mano el cuchillo ensangren-

tado. Tan grande fué el delirio que muchos, faltos de arma, lucharon con los puños y aun á patadas.

Cuando la pelea se extendió hasta donde estaba Arxuna en su carro, dijo éste á su auriga: «Arrea los caballos, que quiero acabar hoy con la resistencia del enemigo; diez y ocho días dura ya la batalla y á pesar de cuanto se ha hecho no lleva esta matanza trazas de concluir. Sucede lo que ha dicho Vidura: Duryodana continua sordo á todo consejo prudente y no quiere renunciar á su soberanía aunque perezca toda la raza real. ¡Adelante, pues! ¡Abajo el enemigo y que goce tranquilidad Yudishtira!» El auriga arreó los caballos, y pronto cayeron enemigos en masa alcanzados por las flechas de Arxuna, como caen los árboles cuando el incendio se apodera de una selva. El pánico arrastró á los guerreros de Duryodana, que sin hacer caso de sus órdenes y sin cuidarse uno del otro, huyeron pasando por entre ruedas y carros destrozados, y aun atacándose mutuamente para abrirse paso, hasta que la falta de fuerzas y la sed les obligaban á descansar para luego continuar su precipitada carrera.

En esta confusión indescriptible Drishtadyumna se encontró súbitamente en frente de Duryodana: al momento se acometieron, y despues de un combate feroz, habiendo perdido Duryodana su auriga y sus caballos, y viendo que sus guerreros huían sin pensar cada uno mas que en su propia salvación, saltó sobre un caballo y salió á escape. En el camino encontró á Sakuni con una división de elefantes y con ellos volvió contra el enemigo, pero entonces tuvo enfrente á Arxuna con Crishna y Bhima; Arxuna clavó sus terribles flechas en los cuerpos de los elefantes y Bhima golpeó con su terrible clava las sienes de los animales, que aturridos volvieron atrás y emprendieron locos de dolor la carrera aumentando el pánico entre los fugitivos, mientras los atacaban por la espalda sus perseguidores.

Asvatarman, Kripa y Kritavarman corrían entretanto en busca de su rey, á quien creían encontrar ya entre los muertos, y cuando preguntaron por él á los fugitivos, contestaron estos: «Buscaos á vosotros mismos.» Por fin hallaron á Sandhya y apenas se hubieron separado de él fué hecho prisionero por Satyaki, el cual interinamente, para que fuese mejor custodiado, le confió á la tropa que seguía á Arxuna y Crishna.

Despues de derrotada la división de elefantes, se opusieron á Bhima once hermanos de Duryodana que iban también en busca de éste, pero Bhima con su clava dió en breve cuenta de ellos, continuando su avance victorioso con Arxuna, Crishna y los demás caudillos. Vió Crishna á Duryodana en medio de un cuerpo de guerreros á caballo, y dijo á Arxuna: «Allí tienes á Duryodana todavía con esperanzas de vencer; solo cuando lo vea todo perdido, buscará la muerte combatiendo, porque voluntariamente jamás renunciará al poder ni se rendirá.» Arxuna le contestó que estaba resuelto á acabar aquel día la obra y á castigar á Sakuni y á Duryodana, y hácia este último hizo dirigir su carro, seguido por Bhima y Sahadeva.

El grupo enemigo los recibió con una lluvia de proyectiles, flechas y picas. Sahadeva fué herido en la cabeza, y al verle su hermano Arxuna bañado en sangre, creció su coraje y pronto sucumbieron Susarman y Satyakarman, los dos reyes de los trigartas, mientras Bhima mataba á Sudarsana, el último hermano que había quedado á Duryodana. Los demás guerreros de los dos bandos no estuvieron ociosos y se causaron mutuamente gran número de heridos y muertos. La tropa de Duryodana empezó á desbandarse, pero á la voz de su rey volvió á hacer frente al enemigo buscando una muerte segura y al mismo tiempo sembrando también la muerte entre los contrarios. Sahadeva mató con uno de sus proyectiles

cortantes al hijo de Sakuni, el cual cayó con ciega furia sobre Sahadeva. Dispararon uno contra otro flechas, picas y mazas, y Sahadeva dijo á Sakuni: «¡Hagas lo que hiciere, hoy pagarás lo que ganaste en aquel juego de dados, perverso!» Dicho esto, le cortó de un golpe aquella cabeza, causa de todas las desgracias. Al verle caer los suyos, no los detuvo ya nadie; el pánico se apoderó de ellos y todos echaron á huir, infantes, jinetes, guerreros en carros y montados en elefantes, y tras ellos silbaron las flechas de Arxuna causándoles nuevas bajas. Un momento se rehicieron los guerreros de Sakuni para vengar la muerte de su caudillo, pero despues de una corta y heroica lucha sucumbieron bajo las armas mortíferas de Arxuna y Bhima. Igual suerte tuvo otra sección que envió á la muerte inevitable Duryodana, ciego ya de despecho y de desesperación. Este ataque fué el último; la batalla estaba perdida; á Duryodana no le quedaban ya soldados. Solo, en aquel dilatado campo de la muerte, oyó desde lejos los gritos de júbilo de los Pandu, y recordando lo que Vidura le había profetizado, tomó su clava y huyó detrás de los suyos.

El campo de batalla parecía una selva abatida por el hacha del leñador. Detrás de los últimos fugitivos iban los vencedores. De los caudillos de los Kuru solo habían quedado Asvatarman, Kritavarman, Kripa y Sanyaya. Este último había sido puesto en libertad por mediación de Crishna y buscaba como los otros á su rey. Le encontró al fin huyendo solo, sin acompañamiento, y le contó la muerte de los últimos hermanos que le habían quedado y la destrucción de las tropas que mandaban. Entonces encargóle Duryodana que fuese á decir á Dritarashtra que su hijo se había arrojado á un lago porque, habiéndolo perdido todo, renunciaba á la vida. En esto llegaron al lago y al poner Duryodana el pié en él, se abrió para recibirle como si fuese una masa sólida y se volvió á cerrar sobre su cuerpo. Sandchaya encontró un poco mas allá á los otros tres caudillos y les refirió lo sucedido con Duryodana. «¡Desgraciado!—exclamó Asvatarman,—ignoraba que nosotros estamos todavía vivos y que en union con él todavía podíamos combatir.» Entre lamentos tomaron á Sanyaya en su carro, que era el de Kripa, y llegaron al campamento, donde todos los que habían quedado, algunos guerreros y las mujeres de los príncipes, lloraban aterrorizados la muerte de aquellos héroes. Las mujeres se arrancaban los cabellos y lamentándose á gritos se golpeaban los pechos. Por fin la guardia del campamento y cuantos en él habían quedado emprendieron el camino de la ciudad. Sanyaya refirió al rey y á Vidura todo lo que había pasado y el último encargo de su hijo y despues lamentaron los tres toda la noche la destrucción y ruina de la casa real.

Kripa, Asvatarman y Kritavarman se dirigieron al lago en el cual se había refugiado Duryodana; y cuando éste se les presentó, le dijo Asvatarman: «¡Sal, oh rey, y ven con nosotros á pelear con Yudishtira! Si vences disfrutarás de tu reino y si sucumbes ganarás el cielo de Indra.» Duryodana no quiso volver á pelear aquel día; felicitó á sus fieles amigos por haberse librado de la matanza y añadió: «Venceremos cuando hayamos descansado y recobrado nuestro vigor. Ahora vosotros, yo y todos estamos fatigados y abatidos, mientras nuestros contrarios se encuentran animadísimos, y no es este el tiempo á propósito para volver á la lucha.» Asvatarman repitió su excitación y viendo que no podía vencer Duryodana, juró que aquella misma noche exterminaría á sus enemigos todos.

Toda esta escena había sido observada por cazadores asalarados por Bhima para proveerle de caza. Sabiendo que los Pandu buscaban activamente á Duryodana, alegráronse de haber descubierto casualmente su paradero y se apresuraron á comunicarlo á Bhima, el cual en albricias de la noticia re-